

La masculinidad como género

Felipe L. Aranguren¹

I

Este trabajo ha sido preparado siguiendo los escritos teóricos del profesor canadiense Michel Kaufman, si bien he pretendido introducir en él determinados conceptos propios de una cultura de izquierda y una reflexión sobre mis propias experiencias. Habiendo sido educado como macho y formando parte de un sistema capitalista, paternalista y machista, es muy probable que no esté libre de contradicciones, aunque en todo momento he pretendido analizar el problema de la masculinidad como género desde la dicotomía hombre-ser humano, intentando superar mi «ser yo hombre», como mi apuesta por mi «ser yo como ser humano», allí donde se pierde la diferenciación para llegar a una nueva integración.

La primera necesidad para enfocar correctamente el problema consiste en delimitar mi *hombría*, aquello que me diferencia inmediatamente de una mujer, es decir, mi sexo biológico, mi pene, la testosterona, lo individual físicamente reconocible, de la «*masculinidad como género*», es decir, los papeles socialmente contruidos y que al ser educado en ellos hago míos (asimilo). Se trata del elemento cul-

tural que me dicta mi papel a jugar y que me transmite los valores institucionalizados. Lo primero, la hombría, es independiente y me viene dado de nacimiento. Lo segundo, la masculinidad como género es algo aprendido que depende de diversos factores como luego veremos.

Cada hombre lleva siempre ambos auestas. Llevamos nuestro sexo con nosotros y no nos podemos desprender de él, salvo operación quirúrgica, y ejercitamos nuestro papel, salvo revisión crítica del mismo. Pero para ser *humano, persona*, es preciso que se interiorice, acepte o critique todo lo que llamamos *rol social*, lo que es también una variante del discurso político.

II

Cuando se habla de una sociedad patriarcal se habla fundamentalmente de una sociedad represiva, y cuando se habla de una sociedad represiva se habla de una sociedad donde impera un sistema de valores de nominación y poder que se ejerce de clase a clase normalmente. Por tanto sociedad patriarcal y sociedad de dominación de clase se automantienen y se alimentan una a otra hasta llegar a confundirse en muchos casos. A través de la Historia y de

1. Poeta y escritor.

las diversas culturas (el esclavismo, el feudalismo, la sociedad moderna, esta misma sociedad) el patriarcado ha sobrevivido alineándose con el poder que reprime, con un sistema de dominación (sobre otros seres, sobre la naturaleza dividida en ricos y pobres) basado en la explotación que amenaza con la destrucción nuclear y/o ecológica y donde la opresión, física, de raza, de religión, de sexo, de clase, etc., son habituales. Esta violencia implícita de la sociedad se proyecta, en el caso de la masculinidad como género, de hombre individual o mujer individual.

Fue Herbert Marcuse quien decía que toda sociedad necesita siempre de una «represión básica» determinados instintos animales (no pelear por las hembras, no violar, prohibición del incesto, etc.), que se evidencian a través de la educación y la transmisión de valores. Pero en la sociedad actual hay una «represión excedente», típica de sociedades autoritarias y represivas, que se producen desde la sociedad al individuo y desde el individuo a la sociedad. Esta «represión excedente» no es necesaria y se basa en las estructuras de poder del propio sistema. De esta manera la masculinidad como género implica la estructuración de una «agresividad excedente». Sólo con esta «agresividad excedente» el hombre biológico se dota de una masculinidad que permite su poder sobre la hembra biológica. Así, en una sociedad sin «represión excedente» no existiría teóricamente una «agresividad excedente».

La sociedad represiva se basa fundamentalmente en un poder-do-

minación-control sobre algo o alguien. Un poder para ejercerlo, una actividad dinámica que soporta ese algo o alguien. La violencia, como expresión inmediata de este sistema represivo se aprende al experimentar y/o presenciar el ejercicio de la propia violencia. El actual debate sobre la violencia en los medios de comunicación (televisión, cine, videojuegos) y su impacto sobre la infancia, incide en este punto. La violencia no es algo innato al ser humano, es algo que se aprende. La violencia no puede ser confundida con la agresividad. Si se me permite un símil deportivo diría que, cuando hablamos por ejemplo de fútbol, no es lo mismo jugar al ataque, agresivamente, que jugar sucio, con dureza, a dar patadas al contrario. La agresividad, algo que sí puede ser natural en el ser humano, no puede ser confundida con la violencia y mucho menos con su uso sistemático y socialmente aceptado, la guerra, por ejemplo.

Cada vez que aceptamos el espectáculo de la violencia, o la ejercemos, sin que haya una valoración crítica de tales actos, reforzamos la psicología de la violencia, que a su vez refuerza a la propia sociedad violenta y represiva. La sociedad de los hombres, evidenciada en la violencia masculina, ataca en todas direcciones: contra las mujeres, contra otros hombres y contra sí mismo.

III

En las base del problema, allí donde se unen violencia individual

y violencia social, se encuentran las estructuras sociales de que nos hemos dotado. La primera, y por ello principal y básica, es la familia patriarcal, en la cual el niño macho tiene su ejemplo en el padre macho y la niña hembra en la madre hembra, y en la plena aceptación por parte de todos de los papeles a jugar. La familia es un campo de emociones permitidas que son ilegítimas en otra parte. Relaciones afectivas, amorosas, sexuales y económicas que se aceptan en su seno no son permitidas fuera de ella y viceversa.

También la familia es un eficaz mecanismo de transmisión de desigualdades de género. Muy pronto en su vida el niño macho se aperci-be de que la madre es inferior al padre, de quién tiene el poder es el padre y de que ese poder se ejerce a través de lo que la teoría feminista clásica ha llamado «distancia». El hombre no se acostumbra a cuidar a otras personas, a extraer placer de los pequeños actos cotidianos (dar de comer a un bebé, cambiar pañales, etc.) que son los que hacen que crezca un sistema de afectividad y ternura. El padre se distancia de estas labores y el niño piensa que para ser como el padre debe mantener elementos de distancia emocional. Y como los elementos paternos se ven como poder (activos) y los maternos se perciban como sumisión (pasivos), el niño se lanza a la actividad como reacción, como agresividad excedente y reprime los rasgos identificados como pasivos (emociones), llanto, ternura, etc.

De igual manera la niña pronto aprenderá que no es hombre, que nunca tendrá el poder y deberá interiorizar una pasividad excedente, que la llevará a pensar que su papel consiste en ser amada por un hombre fuerte, el papel materno que debe aceptar. Es evidente que cada interacción entre un «agresivo excedente» y una «pasiva excedente» reforzará el modelo. Y cuanto mayor sea la diferencia de papeles (entre hermanos, por ejemplo), más reforzado saldrá el modelo.

El niño aprende pronto que hay determinadas cosas prohibidas y que hacer lo prohibido (pasividad, emocionalidad, homosexualismo, plurisexualidad, etc.) le enfrenta al modelo general que le ofrece la sociedad encarnada literalmente en el padre y la madre. El acto prohibido excita el miedo a perder el amor de otras personas y a perder también el concepto de autoestima. Este segundo concepto, la autoestima, es algo que siempre está sobrerreforzado en el mundo masculino. Por bajo que uno esté en la escala de los hombres (en cuanto a rol o estatus), siempre habrá «otras» que están peor (las mujeres). La autoestima es el núcleo de la personalidad y la autocrítica siempre se percibe como agresividad contra uno mismo. Sin embargo, yo creo que es aquí donde el hombre debe hacer un mayor esfuerzo y autocriticarse sin piedad, revisar uno a uno los elementos que configuran lo que se llama «hombre» y ver su validez para poder desembarazarse de aquellos que le son impuestos socialmente y que di-

señan su «masculinidad como género».

IV

Estos miedos llevan a la represión de los valores considerados como pasivos y se traducen en una masculinidad obsesiva que se refuerza a sí misma. El dolor emocional que genera una masculinidad obsesiva se reprime por retroalimentación de la masculinidad misma. Es la típica imagen del varón acorazado contra las emociones, que no llora, etc., para no caer en una pasividad que se percibe como «dejar de ser hombre».

Sin embargo, el hombre, como cualquier humano, tiene también sus elementos considerados positivos: el deseo sexual, la fuerza física y emocional, la capacidad para actuar bajo presión, la valentía, la creatividad y su propio intelecto, la resolución, la abnegación, etc. Todo ello pertenece al acervo de lo que se llama «ser humano» en general. Pero entre el bloqueo de los rasgos supuestamente pasivos, como temor, dolor, tristeza, vergüenza, ternura, compasión, etc., lo que se produce es la negación de parte de uno mismo y que también pertenece al acervo del ser humano en general. Esto deriva en una constante vigilancia sobre uno mismo, que finalmente desemboca en actos de violencia contra uno mismo, que se define como «represión» y como «alienación». El hombre, al no descargar estas emociones, se convierte en una olla de presión sin válvula de seguridad, se carga de hostilidad, culpa y odio

hacia sí mismo, hacia otros hombres y hacia las mujeres.

¿Por qué hace esto el hombre?
¿Por qué se reprime y reprime?
Porque la represión tiene como objetivo alcanzar el poder, el dominio, el control. Me reprimo para dominar, ya que la práctica del poder requiere la capacidad de ser «distante». El poder es inflexibilidad, dureza, justicia ciega, frialdad. Para ejercerlo hay que reprimir las emociones. Pero si nos distanciamos de hombres y mujeres, nos encontramos aislados, es decir, solos. Es el sistema de soledad interna en el que se encuentra cada hombre que ha aceptado sin crítica la masculinidad tal como la sociedad la transmite. En definitiva, el eslabón que me une a la sociedad patriarcal es mi «masculinidad como género».

Esta masculinidad se construye socialmente según diversos parámetros:

—Será diferente en culturas diferentes.

—A través del tiempo en una misma cultura.

—A través del tiempo de la vida de un hombre individual.

—En diferentes grupos de hombres según clase, raza, nación, religión, preferencia sexual, etc.

Sobre estos parámetros se construye la escala de poder social según la masculinidad, aunque existe otra para la «feminidad». Siempre existe como ideología y como conducta general en el marco de las relaciones de género.

La pelea adolescente, el deporte, el lugar económico (trabajo), el poder político, académico, la competencia, la guerra, todo refuerza

el concepto de que las relaciones entre los hombres son relaciones de poder. Por ello es preciso conocer bien el poder.

Todos los hombres hemos sido golpeados, vejados, molestados (en la familia, en la mili, en la escuela, con los amigos). Todos hemos aprendido a golpear y vejar. Y todo ello se produce de una manera mecánica, sin plantearse el porqué se hace todo esto. De tal forma que la percepción *normal* es que cualquier otro hombre es un posible competidor, un rival, un enemigo.

V

El machismo no hace feliz al hombre. Esto se evidencia en el actual desierto teórico del hombre frente a las exigencias de la nueva mujer, que ya no acepta este estado de cosas. Los valores son puestos en cuestión y no existe alternativa. Ni siquiera hay discusión entre los hombres sobre sí mismos. No hay reflexión. Cuenta Michael Kaufman como un estudiante se lamentaba por no haber vivido en los años treinta para poder venir a España a luchar por la República. Kaufman le dice: «Bueno, hace unos días la policía local ha golpeado a un grupo de gays en este barrio. Tal vez podrías hacer algo». «Pero yo no soy gay», replica el estudiante. «Perdona, no sabía que fueras español», concluye Kaufman.

Un mito más que hay que revisar: la gran fraternidad del hombre, el grupo de amigos, el club de comedores, la mili y el fútbol. La mas-

culinidad requiere ser afirmada y respaldada constantemente. Al mismo tiempo requiere también una especie de pasividad: la aceptación del grupo, admirar a otros hombres y adquirir modelos, lo que se aprende del deporte y la guerra, fundamentalmente.

La afirmación final de lo que sería la masculinidad como género reside fundamentalmente en el *poder* social sobre las mujeres. Si, como dice Kaufman, la sexualidad es la unificación necesaria entre mi sexo biológico y el aprendizaje que hago, es decir, mi masculinidad como género, entonces la parte crítica sobre ese aprendizaje es clave para la construcción del nuevo hombre. Porque también la sexualidad es la capacidad humana para extraer placer del cuerpo. Si sobre lo sexual se lanza la sombra de la represión básica y a eso se añade una represión genital y una represión excedente (que no podemos controlar por ser social), el resultado es alienación y dolor.

La fascinación por la mujer se explica justamente por aquello que hemos perdido (interior porque reprimimos las emociones, exterior porque la mujer se independiza), aquello que deseamos, aquello que tememos. Y cuando no somos capaces de captar a la mujer en su esencia, la convertimos en fetiche, la cosificamos, la degradamos.

Sinceramente no creo que pueda llegarse en esta sociedad a una igualdad de sexos (de razas, de clases, etc.) sin la eliminación de las contradicciones y con la base injusta que es inherente a este sistema de sociedad (competitividad,

clasismo, desigualdad). El objetivo sería intentar una sociedad sin «represión excedente», reconquistar al «ser humano» en una sociedad sin represión excedente. Las mujeres han hecho ya parte del camino (¿utopía?). Se trata ahora de saber si los hombres tenemos algo que aportar. Y la autocrítica debe ser el primer paso, sobre todo en el terreno de la autoestima.

Conclusiones

Este trabajo se ha estructurado en base a cinco puntos o apartados:

- Definición de la masculinidad como género.
- Sociedad represiva y sociedad patriarcal.
- La familia patriarcal.
- Represión y poder social.
- La masculinidad y el cambio social.

En cuanto a la masculinidad como género se pretende explicar su esencia social, de papel aprendido, de donde la extrema importancia de la educación y de la revisión continua de valores a transmitir (o que nos transmiten). Si hay algo que pueda ser llamado «persona» o «ser humano» es porque se prescinde de todo aquello (color, raza, sexo, religión) que «diferencia». No se niega la diferencia, sino que se asume en el «ser humano». El resto son valores añadidos que se refuerzan o que entran en colisión con los valores generales. Y a nivel político, ya existe una Declaración de Derechos Huma-

nos que debería bastar a todos, por lo menos a sus firmantes.

El segundo punto enlaza sociedad represiva y sociedad patriarcal con un sistema cerrado donde ambas se autoalimentan. Si ya es discutible una «represión básica», como dijo Marcuse, mucho más lo es la existencia de una «represión excedente», producida además de manera selectiva en cuanto al sexo por la sociedad patriarcal. El ejercicio de la violencia en la sociedad represiva encuentra su imagen especular en la violencia de la sociedad patriarcal y todo ello con el objetivo de conseguir el poder y mantenerlo.

El tercer punto se centra en la base del sistema patriarcal, la familia. El primer paso en la socialización se da en el marco de la familia y viene determinado por la clase, religión, etc., a que pertenezca la familia, más un plus añadido si se es hombre o mujer. Se asignan papeles según el sexo y esa aceptación del papel lleva a determinadas relaciones que se aceptan (o no). Lo que sí se transmite es el sentimiento del poder, concepto muy necesario para explicar el por qué el hombre termina por castrar sus afectos. La base psicológica en lo referente a la autoestima parece fundamental en este punto. La autoestima entendida como núcleo de la personalidad acepta poco la autocrítica (por no decir la crítica). La pregunta sería «¿De qué, en lo que es puramente masculino, está usted satisfecho?». Y la inmediata revisión crítica de la respuesta.

El cuarto punto establece el nexo de unión entre represión y poder

social. Por lo tanto, la búsqueda de una sociedad sin represión, presupone el estudio y la eventual sustitución de lo que llamamos «poder». Si la sociedad represiva produce alienación y dolor, esa «masculinidad como género» en la que sufro y hago sufrir, ¿no sería mejor establecer una ideología y una conducta general tendentes a la «eliminación del poder»? Si es cierto que «hacer es la mejor manera de hablar», la práctica en lo cotidiano se vuelve fundamental en esta lucha.

El último punto retoma la masculinidad y se pregunta por qué hacer en este momento de cambio social. La implicación en los problemas a nivel individual y social, la revisión crítica de los papeles asignados, la aceptación de la nueva mujer y el aporte teórico al marco de la lucha por una sociedad sin represión, el diseño de esa nueva sociedad (teórico y práctico), la construcción de una autoestima no alienada. Estos parecen ser los primeros pasos para todos aquellos «hombres» que inicien este camino.